

Nuestra Historia

En el año 1983, junto con el advenimiento de la democracia, se produjeron en la Argentina notables cambios sociales y culturales.

A la par de la necesaria recuperación de las libertades individuales, muchos aprovecharon esta oportunidad para dar rienda suelta a nuevas conductas morales hasta entonces desconocidas. En busca de "nuevas experiencias", comportamientos que estaban limitados a pequeños grupos marginales y de estratos sociales altos, comenzaron a "bajar" al común de la sociedad. Una de estas conductas altamente autodestructivas ha sido la adicción a los distintos tipos de drogas.

Cuando nos involucramos, comprendimos que las presiones recibidas en sus respectivos grupos sociales, compuestas mayormente por otros jóvenes en las mismas condiciones, ejercían una influencia que impedía el inicio de un verdadero cambio de vida.

Frente a esta realidad, vimos como única solución el aislamiento temporal de estos jóvenes para quitar la presión de su entorno. Así, nos comprometimos con la necesidad de fundar una granja de rehabilitación para droga-dependientes.

Fue entonces que restauramos y reacondicionamos una precaria casa de campo en la zona rural de Coronel Domínguez, situada a 25 Km. de la ciudad de Rosario y comenzamos a funcionar en ella.

Este inmenso desafío, recibió el entusiasta apoyo de un grupo de personas que se dispuso a convivir con los adictos las 24 horas, brindando de esta manera un entorno de amor, que logró en muchos casos, derribar largos años de desaliento, alienación y marginalidad.

Nuestras convicciones y experiencias son los elementos que dan forma a nuestros criterios de trabajo. Sabemos claramente que un encuentro real con Dios, a través de su palabra, desata una verdadera transformación dentro del alma humana que suple las necesidades más profundas y brinda fuerzas impensadas a los más débiles.

Entendemos que somos los brazos, las manos de Cristo, en esta tierra y así brindamos este servicio totalmente gratuito a los necesitados. Somos conscientes de que esta lucha es desigual, semejante a la de David contra Goliat, y que aquellos que debieran apoyar y aplaudir este tipo de iniciativas, personalmente cierran filas detrás del gigante.

El tratamiento en sí, consta de dos etapas:

La primera es de aislamiento en nuestra casa de campo, donde los internos (jóvenes en su mayoría) tienen organizado el día con distintas actividades orientadas a ordenar sus vidas e instalar hábitos inexistentes en la mayoría de las personas afectadas por adicciones.

Ayudamos de esta manera a generar nuevas prácticas con relación al trabajo, al aseo personal y a las diferentes responsabilidades de la vida.

El tiempo de recreación y de deportes ayuda a crear un clima de camaradería y afecto que contribuye a llevar las cargas en conjunto. Desde hace ya algunos años, funcionamos en un nuevo predio, situado en el kilómetro 25 de la ruta 18, lugar este, que al ser paulatinamente refaccionado, se ha convertido en un medio totalmente apto para aquellos que comienzan el tratamiento. Luego de aproximadamente cuatro meses en nuestra casa rural, comienza la segunda etapa, en el inmueble de calle Santa Matilde, en la ciudad de Rosario. En ella, los jóvenes son reinsertados social y laboralmente, tarea que se desarrolla paulatinamente, a los efectos de amortiguar el impacto del reencuentro con viejas relaciones y con las urgencias de la ciudad. Si esta etapa no se trata con prudencia, se corren riesgos de recaídas. Logrado este objetivo, el tratamiento finaliza, aunque muchos siguen ligados de alguna u otra manera al Centro.

El cansancio, el desaliento y la ingratitud, se mitigan al ver a jóvenes transformados que durante los últimos treinta años han recurrido a nuestro centro en busca de ayuda.

Cientos de personas, profesionales o analfabetos, jóvenes o viejos, de distintas regiones del país han acudido en busca de ayuda y estamos convencidos de que nuestro esfuerzo, tanto humano como económico, ha valido la pena.